



Antonella Cancellier
**El río de vino. Formas icónicas y
noéticas del universo fluvial de
Borges**

Parole chiave: Borges, Río, Historia, Amistad, Memoria

Keywords: Borges, River, History, Friendship, Memory

Contenuto in: Un tremore di foglie. Scritti e studi in ricordo di Anna Panicali

Curatori: Andrea Csillaghy, Antonella Riem Natale, Milena Romero Allué, Roberta De Giorgi, Andrea Del Ben e Lisa Gasparotto

Editore: Forum

Luogo di pubblicazione: Udine

Anno di pubblicazione: 2011

Collana: Studi in onore

ISBN: 978-88-8420-666-4

ISBN: 978-88-8420-971-9 (versione digitale)

Pagine: 61-66

Per citare: Antonella Cancellier, «El río de vino. Formas icónicas y noéticas del universo fluvial de Borges», in Andrea Csillaghy, Antonella Riem Natale, Milena Romero Allué, Roberta De Giorgi, Andrea Del Ben e Lisa Gasparotto (a cura di), *Un tremore di foglie. Scritti e studi in ricordo di Anna Panicali*, Udine, Forum, 2011, pp. 61-66

Url: <http://217.194.13.218:9012/forumeditrice/percorsi/lingua-e-letteratura/studi-in-onore/un-tremore-di-foglie/el-rio-de-vino-formas-icnicas-y-noeticas-del>

EL RÍO DE VINO
FORMAS ICÓNICAS Y NOÉTICAS
DEL UNIVERSO FLUVIAL DE BORGES*

Antonella Cancellier

Beviamo, perché aspettare le lucerne? Breve il tempo.
Alceo, *Frammento 346*
(trad. di Salvatore Quasimodo)

Resulta superfluo recordar la extraordinaria seducción que ejerce en el imaginario de Jorge Luis Borges (a nivel real y metafórico, noético e icónico) el universo hídrico, en general, y el fluvial, en particular¹. El propio Borges, en *Metáforas de las Mil y Una Noches* (1977), indica el lugar que ocupa el río en la gerarquía de sus metáforas: «La primera metáfora es el río. / Las grandes aguas. / El cristal viviente»².

Entre tantas, complejas y articuladas meditaciones acerca del agua de los ríos sobre las que se extienden las sombras severas de Heráclito, sobre todo, y, en menor medida, de Jorge Manrique, Borges se concede, en un momento dado, el corto y agradable alivio de una pausa anacreónica que parece también serenamente iluminada por el leve toque de un Alceo o de un Horacio.

* Traté este tema en el Coloquio Internacional *Les fleuves d'Amérique Latine*, Université de Toulouse-Le Mirail, 20-22 marzo de 2003 con el título «*La primera metáfora es el río*». *Formas icónicas y noéticas del universo fluvial de Borges: el río de vino*. Lo dedico ahora a la inolvidable Anna Panicali y a su preciosa amistad. Con tristeza y nostalgia.

¹ A este propósito, Graciela N. Ricci dedica un párrafo de *Las redes invisible del lenguaje. La lengua en y a través de Borges a La metáfora fluvial* (Sevilla, Ediciones Alfar 2002, pp. 48-53). Cfr. también, entre otros, A. HUICI, *El mito clásico en la obra de Jorge Luis Borges. El laberinto*, Sevilla, Ediciones Alfar 1998, sobre todo las pp. 69-74 (*Heráclito: el río y el mármol*).

² J.L. BORGES, *Historia de la noche*, en ID. *Obras Completas (1975-1985)*, vol. III, Buenos Aires, Emecé Editores 1989, p. 169.

En medio del copioso sistema hidrográfico mental de Borges, emerge un río de vino al cual el poeta le dedica dos breves composiciones, *Al vino* y *Soneto del vino*, que pertenecen a la colección *El otro, el mismo* (1964)³.

Una lectura uniforme de las dos líricas conjuntamente incrustadas en el contexto general de su obra poética, aunque sea con profundas diferencias en el plano de la expresión – en su métrica para empezar –, podrá construirse como un díptico iluminante en el plano del contenido justamente en la isotopía semántica.

³ Para facilitar la comprensión del presente ensayo, se considera oportuno transcribir el texto de los dos poemas de Borges (*Obras Completas (1923-1972)*, vol. I, Buenos Aires, Emecé Editores 1974):

En el bronce de Homero resplandece tu nombre, / Negro vino que alegras el corazón del hombre. // Siglos de siglos hace que vas de mano en mano / Desde el ritón del griego al cuerno del germano. // En la aurora ya estabas. A las generaciones / Le diste en el camino tu fuego y tus leones. // Junto a aquel otro río de noches y de días // Corre el tuyo que aclaman amigos y alegrías, // Vino que como un Éufrates patriarcal y profundo / Vas fluyendo a lo largo de la historia del mundo. // En tu cristal que vive nuestros ojos han visto / Una roja metáfora de la sangre de Cristo. // En las arrebatadas estrofas del sufi / Eres la cimitarra, la rosa y el rubí. // Que otros en tu Leteo beban un triste olvido; / Yo busco en ti las fiestas del fervor compartido. // Sésamo con el cual antiguas noches abro / Y en la dura tiniebla, dádiva y candelabro. // Vino del mutuo amor o la roja pelea, / Alguna vez te llamaré. Que así sea (*Al vino*, p. 918);

¿En qué reino, en qué siglo, bajo qué silenciosa / Conjuración de los astros, en qué secreto día / Que el mármol no ha salvado, surgió la valerosa / Y singular idea de inventar la alegría? / Con otoños de oro la inventaron. El vino / Fluye rojo a lo largo de las generaciones / Como el río del tiempo y en el arduo camino / Nos prodiga su música, su fuego y sus leones. / En la noche de júbilo o en la jornada adversa / Exalta la alegría o mitiga el espanto / Y el ditirambo nuevo que este día le canto / Otrora lo cantaron el árabe y el persa. / Vino, enséñame el arte de ver mi propia historia / Como si ésta ya fuera ceniza en la memoria (*Soneto del vino*, p. 919).

Entre los varios libros en versos, el propio Borges afirma en el prólogo que *El otro, el mismo* es su preferido: «Ahí están [...] mis hábitos: [...] el culto de los mayores, la germanística, la contradicción del tiempo que pasa y de la identidad que perdura, mi estupor de que el tiempo, nuestra substancia, pueda ser compartido» (p. 857), elementos todos que se hallan concentrados en el conjunto de las dos líricas que nos interesan. Y continúa: «Este libro no es otra cosa que una compilación. Las piezas fueron escribiéndose para diversos *moods* y momentos, no para justificar un volumen. De ahí [...] la repetición de palabras y tal vez de líneas enteras». Prosigue además recordando con ironía su costumbre, advertida por algunos, de escribir la misma página dos veces, con variaciones mínimas.

Contraoponer, en su universo fluvial, la perspectiva enológica a la hídrica, el vino al agua, es operación que significa – en primer lugar y en su aspecto más epidérmico – poner en contraste diferentes cosmovisiones, sustituyendo lo disfórico de «aquel río / En que Heráclito vio nuestra locura» (*El reloj de arena*⁴) o del manriqueño «somos el vano río prefijado, / rumbo a su mar» (*Son los ríos*⁵) y de tantos otros ríos símbolos de lo ineluctable del pasar del tiempo («El río irreparable de los años», en *Elegía*⁶, para citar uno) con lo eufórico que en cambio proporciona el río de vino que Borges quiere rescatar. Un haz redundante de categorías semánticas positivas por lo tanto guía a lo largo de las dos composiciones a través de versos donde sobresalen algunos lexemas distribuidos tanto en la una como en la otra, y a veces reiterados en las dos: «resplandece», «alegras», «amigos», «alegrías», «fiestas», «amor», «dádiva», «música», «júbilo», «canto», ecc.

Pero hay más. El acercamiento de la visión fabulosa del río de vino a aquel otro de agua (en su versión figurada canónica de metáfora y símbolo del tiempo) desnuda el vino, en parte, de su capa realista, enrareciendo y aligerando parcialmente el peso de su carga semántica primitiva material, y tendiendo a su elevación hacia una dignidad de categoría filosófica. «Corre», en la primera lírica (*Al vino*), «Junto a aquel otro río de noches y de días» y en la segunda (*Soneto del vino*), «Fluye [...] / Como el río del tiempo», encaminándose por tanto, por simpatía, hacia una penetración en los dominios de la temporalidad y propiciando de esa forma una clave de lectura y una exégesis de marca temporal.

Aunque los dos ríos anden paralelos, este paralelismo por supuesto no incluye una identidad de niveles. La temporalidad del río de agua resbala hacia el mundo de las ideas, el mundo que hospeda a los arquetipos (el hiperrurano, el macrocosmos, que diría Platón), mientras que el río de vino mantiene una huella de su concretez sustancial, por lo cual fluye exclusivamente en el ámbito del microcosmos, recorriendo las etapas terrenales de la historia humana. En otros términos, con el vino Borges baja desde las alturas de lo trascendente metahistórico hacia las praderas de la inmanencia histórica.

Ya no hay un Heráclito o un Manrique a quienes apelarse para descubrir el significado recóndito del líquido que corre. Al contrario, no hay más que recorrer los aspectos más concretos y cotidianos donde el vino ofrece sus propie-

⁴ J.L. BORGES, *El hacedor* (1960), en ID., *Obras Completas...* cit., vol. I, p. 811.

⁵ J.L. BORGES, *Los conjurados* (1985), en ID., *Obras Completas...* cit., vol. III, p. 463.

⁶ J.L. BORGES, *La cifra* (1981), *ivi*, p. 309.

dades y consecuencias consoladoras: otorgar la alegría («Negro vino que alegras el corazón del hombre», «Junto a aquel otro río de noches y de días / Corre el tuyo que aclaman amigos y alegrías»); animar («A las generaciones / Les diste [...] tu fuego y tus leones») y alumbrar el camino («en la dura tiniebla, [eres] dádivas y candelabro»); o llamar a la memoria algunos de los muchos momentos históricos en que el vino jugó importantes papeles: en los ceremoniales de los griegos y los germanos («vas de mano en mano / Desde el ritón del griego al cuerno del germano») y, sobre todo, cuando acompañó algunas de las más significativas etapas de la civilización humana: desde la poesía homérica que lo eterniza («En el bronce de Homero resplandece tu nombre») al cristianismo que en su color rojo divisó el símbolo del sacrificio de Cristo renovado en la misa en el momento de la transubstanciación, hasta las estrofas de los místicos del Islam, donde el poeta afirma que se canta el vino como impulsor y esencia misma de la batalla, el amor y la opulencia hasta identificarse con los tres elementos («Eres la cimitarra, la rosa y el rubí»).

Después de su alocución al «Negro vino», Borges distribuye a lo largo de los versos notas cromáticas, denotativas y connotativas, basadas esencialmente en el rojo, exaltando de esta forma el color del vino tinto. Dos referencias directas las encontramos, en el primer poema («Una roja metáfora de la sangre de Cristo» y «Vino del mutuo amor o la roja pelea») donde la presencia de la hipálage, por su misma naturaleza, refuerza y amplía su campo de acción. No faltan tampoco, en la misma dirección, referencias indirectas de lexe-mas evocativos en las alusiones místicas a motivos cristianos e islámicos: la «sangre» de la imagen cristológica que acabamos de citar y «la rosa y el rubí» del sufi árabe. Si la nota cromática refuerza en la lírica las tonalidades vivaces y luminosas, que ya le habían proporcionado referencias léxicas ricas de peculiares sugerencias incluso sonoras y dinámicas («resplandece», «alegra», «fuego», «leones», «alegrías», «arrebatadas», «candelabro»), a ello contribuye también la asimilación de la feliz metáfora ya lexicalizada, «cristal que vive», de abolengo gongorino y de signo altamente eufórico que, en cambio, en otros momentos Borges emplea con referencia al agua (cfr. *Metáforas de las Mil y Una Noches*).

A la exaltación del vino, en relación también con la amistad y la alegría – «las fiestas del fervor compartido» –, Borges opone la otra cara de la medalla, metaforizada aquí en el río Leteo: «un triste olvido» que el mismo vino puede producir y que él evita («Que otros en tu Leteo beban un triste olvido; / Yo busco en ti las fiestas del fervor compartido»). Hay que añadir, además, en otro nivel ideológicamente más comprometido, que el río de vino, mientras

que acarrea la propiedad del mítico Leteo, en su visión disfórica del olvido, contiene asimismo su aspecto contrastante, la perspectiva del bíblico Éufrates, cuna de la civilización y río de la memoria por antonomasia: «como un Éufrates patriarcal y profundo / Vas fluyendo a lo largo de la historia del mundo». Y es justamente la comprensión de la historia lo que invoca el poeta en su plegaria final al río de vino. Que le abra e ilumine los caminos para conseguirlo: «Sésamo con el cual antiguas noches abro / Y en la dura tiniebla, dádiva y candelabro. / [...] / Alguna vez te llamaré. Que así sea».

Tantos componentes peculiares, no tan frecuentes en la poesía borgesiana, pretenden sugerir una clave de lectura diferente, lejos del ascetismo que parece en cambio exigir la visión heraclitea del agua y perfectamente en consonancia con la función de sereno descanso que, como se aludió anteriormente, Borges quiso atribuir a los versos dedicados al vino.

Estas características que sobresalen en la lírica titulada *Al vino*, reaparecen, conforme a su habitual juego intertextual, más concentradas y más atentamente descritas, en el *Soneto del vino*, que es como una síntesis y una glosa cuya función es la de explicar, ahondar y ampliar.

Ya en los primeros versos del *Soneto del vino* es fácil percibir que el carácter coloquial propio de la primera oda y las expresiones en que se exaltan las propiedades y los consecuentes efectos positivos del vino – la alegría y el coraje – se van sustituyendo por consideraciones más objetivas que desembocan, a través de la búsqueda de los orígenes, en la enunciación de una temática que se podría definir cosmogónica. Si antes el poeta aludía a una existencia prehistórica del vino ya desde los principios del mundo («En la aurora ya estabas»), indicando sin embargo una suerte de momento inicial de su vida histórica (sancionado por la inscripción en el bronce de la poesía homérica), y a partir del cual el vino cumple su misión de llevar la alegría a los hombres, ahora se pone en primer lugar el problema más exquisitamente epistemológico del nacimiento de la alegría, cuya fecha no está grabada en el mármol. Sólo sabemos que «Con otoños de oro la inventaron».

De esta forma, Borges parece recuperar el tono de compromiso ideológico, siguiendo el esquema noético e icónico trazado en la oda *Al vino* y actuando una primera identificación entre vino y alegría que puede dignamente colocarse al lado de la otra, más vinculada con premisas teoréticas y gnoseológicas, del agua con el tiempo: «El vino / Fluye rojo a lo largo de las generaciones / Como el río del tiempo».

La contundente alusión al tiempo no deja de imprimir una huella temporal precisamente en los versos que siguen. Después de repetir el motivo de la

alegría y del valor (esa función serenadora y alentadora del vino anunciada desde el principio), remedando intencionadamente los conceptos y el léxico del poema anterior («prodiga su música, su fuego y sus leones. / En la noche de júbilo o en la jornada adversa / Exalta la alegría o mitiga el espanto»), reintroduce en fin el tema temporal que es su primaria preocupación metafísica, y la más profunda, pero en esa versión humana e immanente de la historia contrapuesta a la idea del tiempo. Por tanto, a través de una postura claramente historicista advierte que el «ditirambo nuevo» que está cantando, «Otrora lo cantaron el árabe y el persa», poniéndose en la clara perspectiva de oposición a la concepción heraclítica del *panta rei* (παντα ρει) que había parafraseado en el poema *Heráclito*⁷ («Nadie baja dos veces a las aguas / Del mismo río») y que resuena incesantemente a lo largo de su poesía.

Paralelamente al desenlace del poema anterior, pero pasando más explícitamente de la historia universal a la particular y personal (para la cual siente evidentemente una profunda empatía), se dirige al vino, confirmando su estatuto de portador de memoria, ampliando y reduciendo al mismo tiempo su súplica: no sólo la llave para abrir la puerta hacia el camino de la historia sino la capacidad de recuperación de su misma historia: «Vino, enséñame el arte de ver mi propia historia». Además de identificarse con la alegría, el río de vino acaba por fin por convertirse en un río más comprometido: al insertarse en una porción temporal, y al correr paralelo al río de agua (el río del tiempo), el río de vino parece sublimarse en el río de la historia.

⁷ J.L. BORGES, *La moneda de hierro* (1976), *ivi*, p. 156.